

## HIMMELWEG

## I. EL RELOJERO DE NÚREMBERG

Se pronuncia «jim-mel-beck». No es una palabra, son dos palabras. «Himmel» quiere decir «cielo». «Weg» es camino. «Himmelweg» significa «Camino del cielo». Escuché por primera vez esa expresión precisamente aquí, durante la guerra.

Yo había venido a Alemania como delegado de la Cruz Roja. Siempre me ha importado la gente, por eso elegí trabajar en la Cruz Roja. El mayor disgusto de mi vida me lo llevé cuando pedí el ingreso y me rechazaron. Pero poco después volví a intentarlo y me admitieron sin problemas. Los tiempos habían cambiado, y mi conocimiento del alemán me convertía en alguien valioso. Nadie quería venir a Alemania en aquel momento. Yo acepté en cuanto me lo propusieron.

Siempre me ha importado la gente. Cuando me pidieron que viajase a Berlín como delegado de la Cruz Roja, pensé que podría hacer algo por la gente. Mi tarea era visitar los campos de prisioneros de guerra y comprobar que se cumplían los tratados internacionales. Me sentía útil inspeccionando las condiciones higiénicas y alimenticias de los prisioneros. Cuando pude salvar la vida de un hombre, lo hice. Yo podía señalar a un piloto inglés condenado a muerte y decir a los alemanes: «Sé de un piloto alemán que está preso en Inglaterra. Será ejecutado si este hombre es ejecutado». En la guerra, ese es el modo de hablar.

Vivíamos en Berlín, en la Berliner-Wannsee, junto al lago, en una casa que nos había cedido el Gobierno alemán. Una casa grande, hermosa, yo jamás había vivido en una casa así. Pese a todo, tengo algunos recuerdos buenos de aquel tiempo. Por suerte, olvidamos antes los malos momentos que los buenos. Vivíamos todos juntos, todos los delegados de la Cruz Roja en Berlín. Cuando volvías de una misión, aquel lugar era el paraíso. Cosas elementales convierten la vida en un paraíso: una conversación con un amigo, un paseo por la orilla del lago, una pizca de humor en una época tan áspera. Con los alemanes no nos relacionábamos. Teníamos las relaciones mínimas con ellos, las necesarias.

Una mañana, en una de esas conversaciones en que se mezclan el trabajo y la vida, acabamos hablando del hombre que había sido dueño de aquella casa: un judío. Nadie se había molestado en retirar un retrato en que aparecían él, su mujer y su hija.

Empezamos hablando de la calidad de la pintura y acabamos decidiendo que uno de nosotros tenía que visitar los campos de internamiento civil.

¿Hace falta que explique la diferencia? Tú no podías señalar a un judío condenado por ser judío y decir a los alemanes: «Sé de un hombre inocente que será ejecutado si este judío es ejecutado». No teníamos nada que ofrecer a los alemanes. Ni siquiera nos dejaban acercarnos a aquellos campos para civiles.

Esa mañana, ante el retrato de la familia judía, decidí entrar en uno de aquellos campos. Pero mi credencial de delegado de la Cruz Roja no me servía. El banderín en mi coche era un trazo inútil. No tenía permiso para acercarme, pero sí tenía cartones de tabaco, medias de nylon, transistores americanos que resultaban convincentes a la hora de conseguir un papel. Un papel y se abría una barrera ante mi coche. En todos los controles siempre dije lo mismo: «Vengo a hablar con el comandante del campo». Más de veinte barreras hasta llegar ante él.

Un hombre de ojos azules, aproximadamente de mi edad; lo había imaginado mayor. «Tome asiento. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Un café?» Me sirve un café. «¿Tiene autorización para visitarnos?» Él sabe que no se da esa clase de autorización. Le digo lo que me ha traído hasta aquí: «Podemos enviarles medicamentos para su enfermería». Ustedes me entienden: es solo un pretexto, lo de las medicinas es la excusa menos mala que se me ocurre. Él reconoce mi acento: «Me gusta mucho su país. Estuve allí de vacaciones, antes de la guerra». No sé si intentaba hacerme ver que era de esa clase de familia que puede permitirse unas vacaciones en el extranjero. Como hijo de gente humilde, yo jamás había viajado. La guerra me dio esa oportunidad, de salir al extranjero. El caso es que él me habla de mi país. De vez en cuando, alguien entra con un expediente para que él lo firme. Todo es como en una oficina. Ellos parecen estar haciendo algo útil. Hablamos de mi país hasta que yo consigo volver al asunto. Se trata de darle confianza, de hacer teatro: «Nos gustaría ayudar. Estamos en condiciones de suministrarles medicamentos». Él medita unos segundos y dice: «Pueden enviarlos, sí, esos medicamentos. Nosotros nos encargaremos». Yo siento que puedo ir un poco más allá: «Necesitaríamos alguna información a fin de enviar esos medicamentos». «Ah, eso es lo que le trae por aquí. Necesita información». Y guarda silencio. Yo pienso: «Bueno, amigo, tu excursión ha acabado». Pero él dice: «No veo por qué no. Ustedes necesitan información».

Entonces toma el teléfono: «Nuestro invitado va a hacer una visita al campo. Avisen a Gottfried. Nuestro invitado tiene permiso para abrir cualquier puerta». Luego se vuelve hacia mí: «Los judíos son muy celosos de sus cosas. No les gusta que un extraño merodee en sus asuntos. ¿Otro café?». Lo acepto. Él me explica que, antes que alemán, se siente europeo. Desea que la guerra acabe cuanto antes, porque él la vive como una guerra civil. Señala su biblioteca: «Calderón, Corneille, Shakespeare... Esto es Europa para mí». Me siento incómodo. ¿Quiere hacerme sentir que es un hombre de cultura? Es un hombre de más cultura que yo, eso resulta obvio. Un hombre cuya condición social le ha permitido ir a los mejores colegios, viajar, conocer gente interesante. Mientras nos dirigimos al interior del campo, me explica que la guerra es un error, un malentendido entre hermanos. Caminamos alejándonos de los barracones de madera en dirección de los barracones de ladrillo rojo. En las escaleras de un barracón de ladrillo nos aguarda un hombre sonriente, el primer

hombre sin uniforme que veo en el campo. El comandante me lo presenta: «Alcalde Gershom Gottfried».

Por un momento, me quedo algo desconcertado. El hombre sonriente, Gottfried, me recuerda al hombre del retrato de la casa de Berlín. Tengo que concentrarme para seguir sus palabras de saludo, porque además habla con un tono de voz extraño: «Si me permite, yo le serviré de guía. Puede tomar las fotos que quiera».

Sí, yo llevo una pequeña cámara conmigo. Quizá ustedes hayan visto aquellas fotos. Hice muchas fotos. Cada rato, Gottfried me recuerda que puedo tomar fotos. Fotografío las calles, asfaltadas y limpias. El quiosco en que toca la orquesta, en el centro de la plaza. El parque, lleno de columpios con formas de animales. Los globos de colores.

La gente me mira con extrañeza. Lo achaco al hecho de no llevar yo uniforme. Me miran como a alguien que no es ni uno de ellos ni uno de los alemanes. Tengo la molesta sensación de que me evitan. Hace sol y la gente aprovecha para pasear.

«¿Qué esperaba?», me pregunta el comandante. «¿Hombres flacos con pijamas de rayas? También yo he oído esas fantasías. También usted las ha oído, ¿verdad, Gottfried?».

Gottfried contesta que sí, que también él las ha oído. «Usted me permitirá que le invite a almorzar en mi casa», me dice. «Un almuerzo sencillo. Estos tiempos son duros para todos». Entramos en uno de los barracones rojos y comemos con la familia Gottfried. Me tranquiliza ver que no se parece a la familia del retrato de Berlín. Sobre la mesa, verdura y pan blanco. Gottfried dirige la bendición al modo judío y luego dice: «Puede tomar fotos, si quiere». Ustedes quizá las hayan visto, esas fotos. Fotos de una casa modesta, con ventana a la plaza. Los tres nos acercamos a la ventana a tomar café: el alemán, el judío y yo. El comandante, el alcalde y el hombre de la Cruz Roja. La plaza está vacía a la hora del almuerzo, como si la pequeña ciudad se tomase un descanso. Me parece buen momento para preguntar por aspectos prácticos, como el alcantarillado o el correo. Pero el comandante no tiene ganas de hablar de ese tipo de cosas. «Basta de política. Hace una tarde preciosa, no la desperdiciemos. Gottfried, nuestro invitado no puede irse sin ver el reloj de la estación».

El comandante nos propone ir a la estación a través del bosque, bordeando el río. Gottfried camina a mi lado, en silencio, mientras el comandante hace pronósticos sobre el futuro: «Esta guerra es la obra común de toda la humanidad. La paz que seguirá a esta guerra será también obra de toda la humanidad». Caminamos por una zona de bosque espeso; la luz del sol apenas puede abrirse sitio. El comandante me pregunta si creo en Dios. Le contesto que sí, porque en aquel entonces yo todavía creía en Dios. El comandante se refiere al Dios de Spinoza, y cita una frase de Spinoza: «El odio que es vencido por el amor, se convierte en amor; y ese amor es más grande que si el odio no lo hubiera precedido». En el río, una niña juega con un muñeco. Yo me detengo a fotografiar a esa niña.

El reloj de la estación marca las seis en punto. Gottfried me cuenta su historia: «Fue construido hacia el año mil quinientos dos por el maestro Peter Henlein, de Núremberg, el famoso fabricante de juguetes automáticos. En contra de lo que parece, no es un reloj de ruedas, sino de báscula». El reloj no se mueve y yo comienzo a

comprender qué me resulta raro en el modo de hablar del alcalde Gottfried. «La báscula es una barra de hierro que lleva en sus extremos dos pesos. Mediante sendas paletas, esta barra dirige la marcha rotatoria de la rueda». Es como si... No solo ahora, cuando me explica el movimiento del reloj, también al conversar sobre el tiempo o al ofrecermé pan. Gottfried habla como un autómeta.

Un joven corteja a una muchacha en un banco de la estación. Un viejo lee un periódico. Dos niños juegan a la peonza. Quizá ustedes hayan visto esas fotografías.

La pareja, el viejo, los niños, ¿no hay algo artificial en ellos? ¿No ha sido todo como entrar en un bonito juguete, desde el risueño saludo del alcalde Gottfried? La estación huele a pintura reciente. La orquesta, los columpios, todo me parece, de pronto, igual de extraño que la voz del alcalde. ¿Cómo era este lugar antes de que yo llegase? ¿Cómo será después? Yo he venido a mirar. Yo soy los ojos del mundo. Yo voy a salir de aquí con muchas fotografías y un informe contando lo que he visto.

No me malentiendan: no dudo que sean judíos. Son judíos, pero por alguna razón se comportan así. Pero lo hacen mal. Se mueven con torpeza, con inseguridad.

Mis padres me educaron en la compasión. Nunca cierro mis ojos al dolor ajeno. Por eso ingresé en la Cruz Roja, porque quería ayudar. Por eso acepté trabajar en Alemania, y por eso estoy aquí, porque quiero ayudar. Pero necesito que alguno de ellos, el viejo, la pareja, los niños, que alguno me haga una señal, necesito una señal. En ningún momento nadie me ha hecho un gesto. En ningún momento nadie ha dicho: «Necesito ayuda».

En lugar de eso, todos me dirigen una extraña mirada. También los niños que juegan a la peonza. Si ustedes han leído mi informe, yo hablo allí de ellos, los he fotografiado. Su peonza rueda hasta caer junto a las botas del comandante. Los niños se miran sin saber qué hacer, como si ese momento no estuviese previsto. Gottfried deja de hablar, como si tampoco él supiese qué toca hacer. El comandante se agacha a recoger la peonza. Me pregunto si no será también él, el comandante, una pieza del mecano. Demasiado amable, demasiado culto. El comandante, o el hombre que se me había presentado como el comandante, dice a los niños: «En Alemania tiramos la peonza de otro modo». Y se acerca a ellos, para enseñarles cómo se tira la peonza en Alemania.

El reloj sigue marcando las seis en punto. El comandante juega con los niños, a unos metros, dándonos la espalda. Es el momento. Es la ocasión para que Gottfried me diga: «Ayúdame». No tiene que decirme nada, basta una señal. Gottfried dice: «En mil novecientos catorce se pudo determinar que, más de cuatrocientos años después de haber sido construida, esta máquina seguía marcando la hora exacta con solo medio minuto de diferencia. La báscula de este reloj procede de otro anterior, construido en Toledo en mil cuatrocientos noventa y dos. Lo que significa que usted está viendo una máquina que ha marcado las horas durante casi quinientos años».

Me invade una rara sensación de soledad entre esos alemanes y esos judíos. Empiezo a sentir que también yo soy una pieza del juguete. Pero, ¿cuál es mi función? ¿Dónde estoy, en realidad? A un metro de Gottfried, pero, ¿dónde?

El comandante vuelve a nuestro lado. «A esta estación llega gente de toda Europa. Pero no espere ver ningún tren. A menos que quiera hacer noche aquí. Los transportes siempre llegan a las seis de la mañana». Me parece escuchar los trenes atravesando el silencio del bosque. Atravesando ese silencio que solo se oye dentro del bosque.

Al otro lado de las vías, mi mirada cae sobre una corta rampa de cemento, dispuesta como para hacer bajar ganado de los vagones. Luego, una rampa de subida, más suave y más larga, que acaba en una especie de hangar. El comandante se da cuenta de que mi mirada está en el hangar. Me explica: «La enfermería. A este camino, desde el tren hasta la enfermería, le llamamos “Camino del cielo”». Y mira a Gottfried como pidiendo confirmación. Gottfried asiente: «Camino del cielo».

«Desde allí se ve toda la ciudad», dice el comandante, y me invita a comprobarlo. En efecto, desde lo alto de la rampa se ve la ciudad entera. En la plaza, todo vuelve a moverse como un juguete al que se ha dado cuerda: los niños de los columpios, los viejos paseando al sol, el vendedor de globos... El comandante señala lugares por los que hemos pasado: el campo de fútbol, el teatro, el colegio. La sinagoga. «Libertad de culto», dice. «Esta ciudad es lo que llamamos una “Zona de repoblación judía”. Un experimento de autogestión». Hoy yo hubiera preguntado: «Si ellos se gobiernan solos, ¿cuál es su misión, comandante?» Pero no hice aquella pregunta, no se podía hablar así a los alemanes. El comandante insiste: «Un experimento para resolver un problema que ninguna nación europea ha sabido solucionar durante siglos». Parece esperar que yo haga algún comentario, pero lo único que se me ocurre decir es: «Lo que me sorprende ahora son las dificultades que encontramos para visitar este sitio». El comandante hace un gesto a Gottfried, como para que intervenga. Gottfried dice: «Tenemos gente de toda Europa, lo que nos plantea algunos problemas organizativos. La situación es incómoda, sobre todo para las personas de edad, pero la gente joven tiene confianza en el futuro. Los jóvenes saben que somos como un barco que espera entrar a puerto, pero una barrera de minas se lo impide. El capitán, que desconoce el estrecho paso que lleva al puerto, debe ignorar las falsas señales que le envían desde la costa. El capitán espera una señal inequívoca. Mientras tanto, su deber es conservar la paciencia».

Por primera vez, tengo la impresión de que algo molesta al comandante. El arranque lírico de Gottfried, todo eso de los barcos, le ha enojado. Bruscamente, dice: «Está oscureciendo», y camina de vuelta hacia la estación. Gottfried se apresura a seguirlo con sus cortos pasos de cojo. No sé si la he mencionado antes, la cojera de Gottfried. El caso es que es entonces, mientras ellos bajan por la rampa, cuando apoyo mi mano sobre la puerta del hangar. Todavía recuerdo el frío en los dedos al tocarla. Y los ojos de Gottfried, que se vuelve para mirarme.

¿Cree que voy a abrir esa puerta? También yo creo que voy a abrirla. Pero, ¿y si estoy equivocado, después de todo? ¿No me estaré dejando llevar por mis prejuicios? O por la arrogancia. Por la vanidad de quien cree ver más allá de lo que la vista ve. Me separo de la puerta y bajo a reunirme con los otros dos.

Acompañamos a Gottfried hasta su barracón. «Vuelva cuando quiera», me dice. El comandante y yo caminamos alejándonos de los barracones de ladrillo rojo. Sin

detenerme, miro hacia atrás. La mirada de Gottfried es muy intensa. Hoy sé por qué me miraba así. Me miraba como pensando: «Ahí va un hombre vivo». El comandante no deja de hablar mientras me guía hasta mi coche. «Alemania está haciendo aquí un trabajo extraordinario. Algún día, Europa nos lo reconocerá». Sus últimas palabras son: «Ya ha oído a Gottfried: vuelva cuando quiera».

Al llegar a Berlín, escribí mi informe. Mi memoria vuelve a escribirlo todas las noches. La gente me pregunta: «¿No viste los hornos?». «¿No viste los trenes?». No, yo no vi nada de eso. «¿El humo?». «¿La ceniza?». No. Todo aquello que dicen que había aquí, yo no pude verlo.

A veces pienso que podría haber preguntado a Gottfried mirándolo a los ojos. O que podría haber preguntado a la niña que jugaba en el río con un muñeco. Ella debía saber. Las cenizas eran arrojadas al río. Ninguno de ellos fue enterrado.

Pero, ¿quién sabía entonces todo eso? Ahora es fácil verme como un hombre ridículo, pero solo soy una persona como cualquier otra. Lo único que me distingue es que estuve aquí, en el «Camino del cielo».

El bosque lo cubre todo hoy, pero yo puedo reconocer el lugar sin la menor duda. Era aquí. Aquí estaban las vías del tren. Aquí llegaban los trenes, puntuales, a las seis de la mañana, los trenes siempre llegaban a las seis de la mañana.

Sí, era aquí, puedo sentirlo bajo mis pies: por aquí pasaba el camino del cielo. Las puertas de los vagones se abrían y, entre luces deslumbrantes y ladridos, ellos eran empujados por el único camino posible, la rampa de cemento que acababa en una especie de hangar.

Hago este camino cada noche. Cada noche sueño que camino por esta rampa y llego ante la puerta del hangar. La abro y aquí están, sonriendo, esperándome. Gottfried y todos los demás.

Mi memoria vuelve a escribirlo todas las noches: «Las condiciones higiénicas son satisfactorias. La gente está correctamente vestida, con las diferencias lógicas entre las clases sociales y las zonas de procedencia. Las condiciones de alojamiento son modestas, pero dignas. La alimentación parece suficiente».

No sobrestimen mi poder. Todo lo que podía hacer era redactar un informe y firmarlo con mi nombre. Aunque hubiera escrito otra cosa, nada hubiera cambiado. ¿Podía haber escrito otra cosa? Mi misión era abrir los ojos y mirar.

Ahora que vuelvo a estar aquí, dentro del bosque, apenas recuerdo al hombre que yo era entonces, pero podría repetir palabra por palabra lo que aquella noche escribí ante el retrato de la familia judía: «He visto una ciudad normal». Yo no había visto nada anormal, yo no podía inventar lo que no había visto. Yo hubiera escrito la verdad si ellos me hubieran ayudado. Una palabra, un gesto. Escribí: «Cada cual es libre de juzgar las disposiciones tomadas por Alemania para resolver el problema judío. Si este informe sirve para disipar el misterio que rodea al asunto, será suficiente». Hoy siento horror estando aquí, pero no voy a pedir perdón por haber escrito aquello. Volvería a escribirlo como lo escribí, palabra por palabra. Lo firmaría otra vez. Escribí lo que vi, y no dije que fuera un paraíso. Al día siguiente hice enviar

tres cajas de medicamentos. Una semana después, recibí una carta desde el campo. La firmaban el comandante y el alcalde Gottfried, dándome las gracias.

## II. HUMO

*A estas escenas pueden acompañar otras, mudas, procedentes de la narración anterior: niños en columpios con forma de animales, un viejo que lee un periódico, un vendedor de globos, una orquesta, la bendición de una comida judía...*

*Los personajes miran de vez en cuando a un espectador como si se hiciesen conscientes de que están siendo observados por él.*

*De vez en cuando se escucha el ruido de un tren.*

*El Chico 1 intenta tirar la peonza, pero no sabe. Fracasa dos, tres veces. A su espalda aparece el Chico 2.*

CHICO 2 Tienes que apretar más fuerte la cuerda. *(El Chico 1 guarda la peonza.)* Cuanto más prieta, mejor. Luego tira de la cuerda de un golpe. *(No hay réplica.)* Lo más difícil es dar el tirón. Yo te enseño. Déjame.

CHICO 1 Métete en tus cosas.

CHICO 2 Es muy bonita. Negra con la cabeza roja, me ha parecido. ¿Me la dejas ver?

CHICO 1 Quítame las manos de encima.

CHICO 2 ¿Te vienes a jugar aquí porque el suelo está liso?

CHICO 1 Lárgate.

CHICO 2 Te he venido siguiendo desde el barracón. Sabía que estabas escondiéndote. Caminabas como quien tiene algo que esconder. Negra con la cabeza roja. Como la que se le perdió a Leslez. La está buscando por todas partes.

*Silencio.*

CHICO 1 Vale, está bien. La compartiremos. Un día para mí, otro para ti.

CHICO 2 Cómete tu peonza. No quiero tu peonza.

CHICO 1 Entonces, ¿qué quieres?



CHICO 2 Dime cómo es tu hermana Sara. Tienes que haberla visto, al bañarse. Cuando se desnuda, ¿cómo es?

*Un hombre y una mujer jóvenes, en un banco. Ella es pelirroja. Él le da a Ella un paquete envuelto como regalo. Pausa.*

ÉL ¿No vas a abrirlo? (*Silencio.*) Estás muy guapa hoy.

ELLA ¿Hoy sí?

ÉL ¿Qué quieres decir?

ELLA Ayer te estuve esperando.

ÉL Ayer salí tarde del almacén.

ELLA Habías quedado en que pasarías a recogerme.

ÉL El jefe me pidió que le ayudase a hacer inventario.

ELLA Te estuve esperando más de una hora.

ÉL Ni que me hubiera ido a beber. Estaba trabajando.

ELLA Hay otras cosas aparte del trabajo.

ÉL Me esfuerzo pensando en nosotros. En ti, en mí, en todo lo que hemos soñado. En nuestro futuro. (*Silencio.*) Me esfuerzo pensando en nosotros. En ti, en mí, en todo...

ELLA El futuro. Estoy harta del futuro.

ÉL Ábrelo, por favor.

ELLA Háblame del presente. De nuestro presente.

ÉL Me ha costado llegar a esta posición en el almacén. ¿Preferirías que volviese a cargar sacos, hasta romperme la espalda? Mucha gente está esperando que cometa un fallo para ocupar mi sitio. Si el jefe me ha puesto al cuidado de la balanza es porque confía en mí. Todo lo que entra y sale del almacén, todo pasa por mi balanza. El jefe confía en mí. Me ha contado cómo empezó él en esto, desde muy abajo. Mira dónde está ahora, a base de esfuerzo. Si sigo esforzándome, seré alguien el día de mañana. (*Silencio.*) Si sigo esforzándome, seré alguien el día de mañana. (*Ella le devuelve el paquete. Él no lo coge.*) Ábrelo. Te va a sorprender.

*Una Niña dentro del río, de pie, con un muñeco al que acaricia la cabeza.*

NIÑA No tengas miedo. No tengas miedo, que yo te voy a enseñar. Échate, que no te hundes, yo te sostengo. Ahora, mueve las piernas. Así: uno-dos, uno-dos. Ahora, los brazos. Estira más los brazos. Sin sacar los pies. Ahora vamos con la cabeza. Tienes que meter la cabeza y respirar por la nariz. Das dos brazadas, así, uno, dos, sacas la boca, respiras y otra vez, uno, dos, muy bien, lo haces muy bien. Ahora te voy a

soltar y tú tienes que sostenerte solo. Ahora tú solo. No tengas miedo. *(Mira a un espectador como si lo descubriese. Saluda al espectador.)* Sé amable, Walter, saluda a este señor. *(Hace que el muñeco salude al espectador.)*

*El Chico 3 intenta tirar la peonza, pero no sabe. Fracasa dos, tres veces. A su espalda aparece el Chico 4.*

CHICO 4 Tienes que rodear más fuerte la peonza con la cuerda. *(El Chico 3 guarda la peonza.)* Cuanto más apretada, mejor. Luego das el tirón de un golpe. *(No hay réplica.)* Lo difícil es dar el tirón. Yo te puedo enseñar. Déjamela.

CHICO 3 Métete en tus cosas.

CHICO 4 Es muy bonita. Negra con la cabeza roja, me ha parecido. ¿Me la dejas ver?

CHICO 3 Quítame las manos de encima.

CHICO 4 Otra vez.

CHICO 3 ¿Otra vez?

CHICO 4 Aún no te había tocado. Has dicho «Quítame las manos de encima» antes de que te tocase.

CHICO 3 ¿Desde el principio?

CHICO 4 Desde «Métete en tus cosas».

*Vuelven a las posiciones correspondientes a ese momento del diálogo. Al Chico 3 le entra la risa. La contiene.*

CHICO 3 Métete en tus cosas.

CHICO 4 Es muy bonita. Negra con la cabeza roja, me ha parecido. ¿Me la dejas ver?

CHICO 3 Quítame las manos de encima.

CHICO 4 ¿Te vienes a jugar aquí porque el suelo está liso?

CHICO 3 Lárgate.

CHICO 4 Te he venido siguiendo. Desde el barracón. Pensé: «Este esconde algo». Caminabas como quien tiene algo que esconder. Negra con la cabeza roja. Como la que se le perdió a Krystow. La está buscando.

CHICO 3 Vale, está bien, la compartiremos. Un día para ti, otro para mí.

CHICO 4 Cómete tu peonza, no quiero tu peonza.

CHICO 3 Entonces, ¿qué quieres?

CHICO 4 Dime cómo es Sara. Es tu hermana, tienes que haberla visto, al bañarse. Cuando se desnuda. ¿Cómo es?

*Silencio. El Chico 4 apunta al Chico 3 lo que debe decir: «Tiene la piel muy blanca...».*

CHICO 3 Tiene la piel muy blanca. Tiene los pies pequeños. Tiene arañazos en los pies, porque le gusta andar descalza cuando está sola.

*El hombre y la mujer jóvenes, en el banco. Dicen el diálogo más rápido que antes. Tanto, que a veces las réplicas tropiezan o se encabalgan. Él le da a Ella, envuelto como regalo, un paquete más pequeño que el anterior.*

ÉL ¿No vas a abrirlo? Estás muy guapa hoy.

ELLA ¿Hoy sí?

ÉL ¿Qué quieres decir?

ELLA Ayer te estuve esperando.

ÉL Ayer salí tarde del almacén.

ELLA Habías quedado en pasar a recogerme.

ÉL El jefe me pidió que le ayudase a hacer inventario.

ELLA Te estuve esperando. Estoy cansada de esperarte. No quiero malgastar mi vida en una espera eterna.

ÉL Ni que me hubiera ido con otra mujer. Mi único pecado es pensar en el día de mañana.

ELLA Hay otras cosas aparte del trabajo.

ÉL Me esfuerzo pensando en nosotros. En ti, en mí, en todo lo que hemos soñado. En nuestro futuro.

ELLA El futuro. Estoy harta del futuro.

ÉL Ábrelo, por favor.

ELLA Háblame del presente. De nuestro presente.

ÉL Me ha costado llegar a esta posición en el almacén. ¿Preferirías que volviese a cargar sacos, hasta romperme la espalda? Mucha gente está esperando que cometa un fallo para...

ELLA ¿Tú no los oyes? Los trenes.

ÉL Mucha gente está esperando que cometa un fallo para ocupar mi sitio. Si el jefe me ha puesto al cuidado de la balanza...

ELLA ¿Qué haces para no oírlos?

ÉL Si el jefe me ha puesto al cuidado de la balanza es porque confía en mí. Todo lo que entra y sale del almacén...

ELLA El humo. ¿No lo ves? ¿Qué haces para no verlo?

ÉL Mucha gente está esperando que cometa un fallo. Si el jefe me ha puesto al cuidado de la balanza es porque confía en mí. Todo lo que entra y sale del almacén, todo pasa por mi balanza.

ELLA ¿Hasta cuándo vamos a estar aquí?

ÉL Todo pasa por mi balanza. El jefe confía en mí. Me ha contado cómo empezó él en esto, desde muy abajo.

ELLA ¿Y si corremos hacia el bosque? Podemos cruzar el bosque y llegar al río.

ÉL Desde muy abajo, y mira dónde está ahora. Si sigo esforzándome...

ELLA Yo voy a correr. Ven conmigo.

ÉL Si sigo esforzándome, seré alguien el día de mañana. *(Ella se va, dejándolo solo.)* Ábrelo. Te va a sorprender. *(Silencio.)* El futuro. Dentro está nuestro futuro.

*La Niña dentro del río, de pie, con el muñeco.*

NIÑA Los brazos. Estira más los brazos. No saques del agua los pies. La cabeza. Tienes que respirar por la nariz y meter la cabeza en el agua. *(Rectifica.)* Tienes que meter la cabeza en el agua y respirar por la nariz. Dos brazadas, sacas la boca, respiras y repites. Uno, dos, muy bien. Te voy a soltar y tú tienes que sostenerte sola. Tú sola. No tengas miedo. *(Silencio.)* No tengas miedo. Yo te enseño. Échate. No te hundes. Yo te sostengo. Mueve las piernas. Uno, dos. Los brazos. Estira los brazos. Más. No saques los pies del agua. La cabeza. Tienes que meter la cabeza en el agua. Y respirar por la nariz. *(Mira a un espectador, como si lo descubriese. Saluda al espectador.)* Sé amable, Rebeca. Saluda a este señor. *(Hace que el muñeco salude al espectador. Canta al muñeco una canción de cuna.)* Dos brazadas, sacas la boca. Respiras y repites. Uno, dos, muy bien. Te voy a soltar. Tienes que sostenerte sola. Tú sola. No tengas miedo. *(Silencio.)* No tengas miedo. Yo te enseño. Échate. No te hundes. Yo te sostengo. Mueve las piernas. *(Saluda a un espectador.)* Sé amable, Rebeca. Saluda a este señor. *(Hace que el muñeco salude al espectador. Canta al muñeco la canción de cuna.)* Uno dos. Los brazos. Estira. No saques. Los pies. La cabeza. La cabeza. Por la nariz. Dos brazadas. Respiras. Repites. Otra vez. Uno dos. Te voy a soltar. Sola. Tú sola. *(Silencio. Tiene frío en el agua.)*

*El Chico 4 escucha al Chico 5.*

CHICO 5 Tiene la piel muy blanca. Tiene los pies pequeños. Tiene arañazos en los pies, porque le gusta andar descalza cuando está sola. Tiene los brazos largos. Tiene las manos pequeñas. Tiene los pezones negros, parecen negros porque la piel la tiene muy blanca.

*Un hombre y una mujer jóvenes, en el banco. Él es el de siempre; Ella es otra, y no es pelirroja. Entre ellos hay un gran paquete envuelto como regalo.*

ÉL Todo lo que entra y sale del almacén, todo pasa por mi balanza. El jefe confía en mí. Me ha contado cómo empezó él en esto, desde muy abajo. Mira dónde está ahora, a base de esfuerzo. Si sigo esforzándome, seré alguien el día de mañana. *(Ella le devuelve el paquete. Él no lo coge.)* Ábrelo. Te va a sorprender.

ELLA No pesa. ¿Qué hay dentro?

ÉL El futuro. Dentro está nuestro futuro. *(Ruido de tren. Ella deja caer el paquete. Suena vacío.)*

*La Niña dentro del río, de pie, sin el muñeco. Tiene mucho frío. Mira a los espectadores.*

NIÑA Sé amable, Rebeca, saluda a este señor. No tengas miedo. Yo te enseño. Yo te voy a sostener. No tengas miedo. Tenemos que estar aquí hasta que nos digan. No tengas miedo. Yo te enseño. Uno dos. Uno dos. No tengas miedo. Uno dos. Mueve las piernas. Uno dos. Los brazos. La cabeza. La boca. Hasta que nos digan. No tengas miedo. Uno dos. Sé amable Rebeca saluda a ese señor. Uno dos. Sé amable Rebeca. Saluda. A este señor. No tengas. Miedo.

*Canta la canción de cuna. Sonríe al ruido de un tren.*

### III. ASÍ SERÁ EL SILENCIO DE LA PAZ

¿Me reconocen? Sí, soy yo. ¿Han tenido buen viaje? Es un bello trayecto desde Berlín, lástima todos esos controles que afean la ruta, maldita guerra. Tomen asiento. ¿Puedo ofrecerles algo? ¿Un café? ¿Tienen autorización para visitarnos? Ya, ya sé, no me lo digan, quieren enviarnos... ¿Comida? ¿Ropa? ¡Medicamentos, claro, quieren enviarnos medicamentos! ¿Por qué no? Pueden enviarlos, les daremos alguna utilidad. Permítanme, su acento... Por un momento pensé que ustedes eran... Pero no, ¿cómo he podido equivocarme? Su acento es inconfundible, me trae recuerdos muy hermosos. Me gusta mucho su país. Estuve allí de vacaciones, antes de la guerra. En su país, la cultura está en el aire. La historia está en el aire. Díganme algo en su idioma, por favor. Una palabra: «Paz». Escuchar su idioma es un privilegio, y cada día lo será más. Muy pronto, todos hablaremos un solo idioma. Lo digo sin jactancia, lo digo con honda nostalgia. Por suerte, siempre nos quedará el pasado. Siempre necesitaremos el español para leer a Calderón, el francés para leer a Corneille. Echen un vistazo a mi biblioteca: eso es Europa para mí. Echen un vistazo mientras firmo estos expedientes. Sí, incluso aquí estamos invadidos por la burocracia. Cuando me asfixio, tomo mi coche y conduzco hasta Berlín. De paisano. Estudió la cartelera y elijo un teatro. El teatro me da aire. Luego puedo volver aquí, a firmar expedientes. Mientras acabo con esto, echen un vistazo. La gente piensa que somos animales, pero miren mi biblioteca. Cuando me destinaron aquí, traje conmigo cien libros. Ni más ni menos: cien. Los mejores. Reconocerán algunos que compré en su país. Ya, ya sé, no han venido a mirar libros, están impacientes por empezar la visita. Sé qué les ha impulsado a viajar hasta aquí. No me lo digan: también yo he oído esos rumores. Monstruosidades que corren de boca en boca. No se lo reprocho, también yo a veces me dejo guiar por mi fantasía. Ustedes han imaginado cosas terribles y creen que deben hacer algo. Les han traído hasta aquí su buena voluntad y sus pesadillas. Hombres flacos con pijamas de rayas. También yo he tenido esas pesadillas, ¿quién puede dormir hoy en día? Ustedes quieren ayudar, pero necesitan información, no pueden ayudar a ciegas. Eso es lo que les trae por aquí, necesitan información, y nosotros vamos a dársela. Vamos a dar un paseo. Pueden hacer fotografías. Hagan muchas fotografías, por favor. Pero antes, ellos tienen que sentirse preparados. Ellos son muy celosos de sus cosas. No les gusta que unos extraños merodeen en sus vidas. Ellos no son como nosotros, como ustedes y yo. ¿Otro café? En cuanto acabe esta guerra, tomaré unas vacaciones en su país. Antes que alemán, soy europeo. Algún día nos daremos cuenta de que esta guerra ha sido una guerra civil. Esta guerra es un error, un malentendido entre hermanos. Miren mi biblioteca: esto es Europa para mí. Hacernos olvidar esto es el mayor daño que puede causarnos la guerra. ¿Han visto la cartelera de Berlín? Es una cartelera de guerra. Cartelera de guerra significa: solo autores alemanes. Echo de menos a mis amigos: Corneille, Shakespeare, Calderón. Pero ustedes no han venido a hablar de teatro. No se preocupen, no se marcharán sin

dar su paseo. No pueden irse sin ver el reloj de la estación. Iremos a través del bosque, bordeando el río. La sensación allí es formidable. Cierren los ojos y escuchen el silencio. Cierren los ojos: así será el silencio de la paz. Cierren los ojos. Spinoza dice que el odio será superado por un amor tan intenso como el odio que lo precedió. El mundo marcha hacia la unidad. Esta guerra es un paso enorme hacia eso. Una aceleración en un movimiento inevitable hacia la armonía. Un solo idioma, una sola moneda, un solo camino. Incluso si perdiésemos la guerra, lo que tiene que suceder sucederá. Quién gane la guerra, es irrelevante. Esta guerra ha sido la primera obra común de toda la humanidad. La paz que le ponga término será la segunda. Esta guerra dará fruto a todos. A cada uno de nosotros, en el puesto en que el destino lo haya situado. Todos ganaremos esta guerra. Algún día no sabremos distinguir entre vencedores y vencidos. Entretanto, habrá dolor, pero todo ese dolor es necesario. Spinoza dice: «El odio que es vencido por el amor, en amor se trueca; y ese amor es más grande que si el odio no lo hubiera precedido». *Ética*, proposición cuarenta y cuatro. No, no se molesten en buscarlo en mi biblioteca, solo traje cien libros, los mejores. Lo que Spinoza quiere decir es que hay un sentido en todo este sufrimiento. Son los dolores del parto. Un nuevo mundo está siendo alumbrado. Que nadie intente ahorrarnos ni una pizca de dolor. Es mejor sufrir mil años que regresar un instante al mundo viejo. Pasar de un mundo a otro exigirá de todos un enorme coraje. Coraje para hacer lo necesario. Necesariamente, muchos hombres caerán en el camino, ellos son parte del camino. Ellos son el camino. Pero basta de política, hace un día precioso, no lo desperdiciemos. Ustedes no han venido a hablar de política, han venido a pasear. Me preguntaba si sabrían encontrarnos. Si tendría que salir a buscarlos. ¿Cómo han sabido qué carretera tomar? ¿Han venido siguiendo la sombra del humo? ¿Ustedes sabían que el humo hace sombra? No todo el mundo lo sabe. ¿O es que ustedes ya habían estado aquí? Claro, por eso conocían el camino, porque ya estuvieron aquí. ¿Cómo no los he reconocido hasta ahora? Sabía que acabarían por volver, solo era cuestión de tiempo. Advertirán que todo ha cambiado un poco. Como estaba previsto. Los barracones eran de mala madera, para que se pudriese y desapareciese. Hemos plantado árboles. Hoy es difícil hacerse una idea de lo que era esto. Allí había columpios, allí estaba el campo de fútbol, allí la sinagoga. Había un teatro. Y estaba, claro, el «Himmelweg», ¿lo recuerdan? No sé si fueron ellos o si fuimos nosotros los primeros en llamarlo así. ¿Sabrían decirlo en alemán? «Jim-mel-beck». Díganlo en su idioma: «Camino del cielo». Todo eso ha desaparecido, pero ellos siguen aquí. Todos, no falta ninguno. Los columpios, la sinagoga, todo se lo tragó el bosque, pero ellos siguen aquí. Ellos y el reloj de la estación, marcando siempre las seis en punto. Si no fuera por ellos y por ese viejo reloj, nada diferenciaría este bosque de cualquier otro. Me estaba preguntando si no se habrían confundido de bosque, si la sombra del humo sería suficiente. Sí, este es el bosque. Sean bienvenidos una vez más. Y, una vez más, permítanme recomendarles prudencia. No confíen en lo que vean. Generación tras generación, esa gente ha sido educada en el disimulo. Hace siglos, esa gente descubrió que no hay nada más rentable que pasar por víctima. Pero ustedes no van a dejarse engañar. Ustedes tienen buena memoria. Hagan memoria: ¿quién provocó esta guerra? No se dejen confundir. Antes de juzgarnos, recuerden que nosotros estamos dando solución a un problema que ha atormentado durante siglos a toda Europa. Nosotros hemos sido los primeros en darnos cuenta de que se trataba, fundamentalmente, de un problema de transporte.

Nuestro mayor mérito reside en haber solucionado ese problema técnico. Otros lo habían soñado; nosotros lo hemos hecho. ¿Los oyen?, ¿oyen los trenes? Todos los trenes de Europa tienen aquí su estación término. Si quieren verlos, tendrán que hacer noche en el bosque: los trenes siempre llegan a las seis de la madrugada. Siempre a las seis, y a las seis quince ya han abandonado la estación. Es fundamental que todo se haga con la mayor rapidez. También hemos resuelto los problemas de higiene y de evacuación de los restos. Sin entrar en detalles, les diré que hemos dispuesto todos los elementos funcionales relativos al problema en el ámbito europeo, mediante la coordinación de cada una de las instancias implicadas. Perdonen que les hable así, también a mí me asfixia el lenguaje de los burócratas, no es mi lenguaje, vean mi biblioteca. No es mi lenguaje, pero es el lenguaje que corresponde al caso, un lenguaje de objetivos y de decisiones. El objetivo inmediato es reagrupar aquí a todos los hebreos de Europa. Pero nuestro objetivo final es mucho más elevado. Nuestro objetivo final es demostrar que todo es posible. Todo es posible. Todo lo que podamos soñar, podemos hacerlo realidad. Aquí, en este mundo. Incluso lo que nunca nos hemos atrevido a imaginar. Eso es, señoras y señores, lo que les aguarda en el bosque: aquello que se puede ver, pero que no se puede imaginar. Por eso, sea lo que sea lo que vayan a ver aquí, no lo cuenten. No serían creídos, y si insistiesen, serían tomados por locos. Permítanme un consejo: nada más salir de aquí, empiecen a olvidar. Y así, cuando lleguen a sus casas, podrán tomar papel y pluma y escribir un bonito informe. Hoy como entonces. Porque eso es lo que les ha impulsado a viajar hasta aquí, hoy como entonces. Ustedes quieren comprobar que sus pesadillas son mentira. También yo he tenido esas pesadillas, ¿quién puede dormir hoy en día? ¿Quién puede dormir con tantos trenes viajando en la noche? Trenes que viajan de noche, eso es Europa para mí. En esos trenes viajan nuestras pesadillas. Ya han sucedido. Nuestras pesadillas ya han sucedido. Los sueños van delante de los hechos; las pesadillas van detrás. Todo lo que tememos ya ha ocurrido dentro de nosotros. Las pesadillas que nos rodean provienen de nuestra alma, han estado creciendo en nuestro interior, en nuestras cabezas y corazones. Pero basta de política. En seguida vamos a iniciar la visita. Todavía no, todavía no estamos preparados. Yo sí lo estoy, yo siempre lo estoy, pero ellos necesitan un poco más de tiempo. Lo están disponiendo todo para que ustedes tengan una estancia agradable. No es el paraíso, pero ustedes esperan algo peor. Están bien vestidos. Ropa nueva. Zapatos nuevos. Sin cordones. En la escuela aprenden Matemáticas y Lengua. ¡E Historia! Alguien me dijo: «Podríamos pintar de colores los barracones». Yo contesté: «No. Parecería mentira. Bastará con plantar un jardín delante de cada barracón». Pueden tocar las flores. Son de verdad. Fotografíen las flores, si quieren. Hagan fotografías. Nosotros queremos que hagan fotografías. Y, sobre todo, abran bien los ojos y cuenten al mundo lo que han visto. El mundo necesita saber. Ustedes son los ojos del mundo. Va a servirles de guía uno de ellos. Yo me limitaré a acompañarles y, si ustedes me lo permiten, les enseñaré cómo se tira la peonza en Alemania. Así. Se tira así. «Himmelweg». Díganlo en su idioma: «Camino del cielo». Señoras y señores, pasen y vean. En plena naturaleza, en el corazón de Europa. Y si les gusta, vuelvan cuando quieran. Un poco de paciencia, ya casi están preparados. Mientras tanto, echen un vistazo a mi biblioteca.



#### IV. EL CORAZÓN DE EUROPA

1

*El Comandante está en su despacho, leyendo un expediente. Entra Gottfried.*

COMANDANTE Tome asiento. (*Gottfried se sienta.*) Su nombre es... (*Lee en el expediente.*)  
Gerhard Gottfried.

GOTTFRIED Gershom Gottfried.

COMANDANTE ¿Su nombre no es Gerhard?

GOTTFRIED Gershom.

COMANDANTE Me han informado mal. ¿Un café? (*Gottfried niega.*) ¿Ha descansado? (*Gottfried asiente.*) Se preguntará por qué le he hecho llamar. (*Silencio.*) Lo hemos elegido como interlocutor. Usted y yo vamos a trabajar juntos. Por así decirlo, usted será mi traductor. No me refiero al idioma, no estoy hablando de idiomas. Estoy hablando de psicología. Yo le diré lo que queremos y usted transmitirá nuestros deseos a su gente. Usted encontrará las palabras para eso. Conoce mejor que nosotros la psicología de su pueblo. (*Silencio.*) Su cooperación será recompensada. Por supuesto, si no quiere asumir esta responsabilidad, buscaremos a otro. Aunque una respuesta negativa nos resultaría muy decepcionante. Hemos pensado en usted porque nos hemos fijado en que su gente le respeta. ¿Un café? (*Gottfried niega.*) Por ahora, lo que queremos es que su gente descanse, que coman y descansen. Vienen de hacer un viaje penoso. Lamentamos lo sucedido, nos produce vergüenza. Sabemos que fueron tratados como animales. Por desgracia, no podemos controlar a todos los que visten este uniforme. Honrados padres de familia se convierten en bestias en cuanto se ven con nuestro uniforme. Le garantizo que los responsables serán tratados como corresponde. Pero no es del pasado de lo que quiero hablarle. Gottfried, hemos recibido instrucciones muy positivas para ustedes. Berlín los ha elegido. También a nosotros, podemos decirlo con orgullo: Berlín nos ha elegido. Tenemos un proyecto que compartir. Berlín quiere echar abajo ciertos prejuicios. Prejuicios acerca de la relación entre nuestros pueblos. Ha dicho Gershom, ¿verdad? ¿Gershom es el equivalente judío de Gerhard?

GOTTFRIED No es equivalente.

COMANDANTE Así que no es equivalente. Desconocemos tanto de ustedes... Su pueblo resulta un enigma para nosotros. No solo para Alemania, para Europa entera. Pero también nosotros, los alemanes, somos hoy un enigma. De boca en boca circulan

misteriosas historias acerca de nosotros. El mundo oye esas historias y se pregunta: ¿es posible? ¿Es posible en un pueblo de pensadores y poetas, en el corazón de Europa? Por eso estamos aquí, a punto de iniciar un proyecto. *(Abre un plano ante Gottfried. Señala varios puntos en él.)* ¿Se ubica? Esta es la estación, y esto el río. Usted y yo estamos aquí. En este punto estamos construyendo un colegio. Aquí habrá un campo de fútbol. Y lea aquí, Gottfried: la sinagoga. *(Silencio.)* Como ve, vamos a transformar profundamente el área. Pero es mucho más importante, y más difícil, que nos transformemos nosotros mismos. Todos, ustedes y nosotros. Que aprendamos a relacionarnos de otra manera. Tendremos que aprender a mirarnos de otro modo. ¿Ha leído usted a Pascal? *(Gottfried niega. El Comandante busca un libro en su biblioteca, lo abre, busca un pasaje. Lee.)* Pensamiento doscientos cincuenta y dos: «Somos autómatas tanto como espíritus». Más adelante, dice: «Es preciso convencer a nuestras dos partes: al espíritu, por medio de razones; y al autómata, por medio de la costumbre». ¿Lo entiende usted, Gottfried? Lo que viene a decir Pascal es que, si rezas, acabas creyendo. Dicho de otro modo: sonrío y acabarás siendo feliz. Los actores conocen esa sabiduría. ¿Tiene usted alguna experiencia en el teatro? *(Gottfried niega. El Comandante va a ofrecerle un café, pero se arrepiente.)* Al menos como espectador...

GOTTFRIED He ido alguna vez. Pocas veces. Salía tan tarde del trabajo...

COMANDANTE Es una lástima. Me hubiera ahorrado tener que explicarle ciertas cosas. Pero, en cuanto empecemos a trabajar, me entenderá mejor. No voy a retenerlo más tiempo por hoy. Procure descansar. Es importante que mañana tenga la cabeza despejada. Mañana, usted y yo planearemos lo que debe hacerse. Por así decirlo, tenemos que componer un guión.

2

COMANDANTE Composición. Es lo más importante, la composición. ¿Cómo explicárselo? *(Busca un libro en la biblioteca y unas páginas en él.)* Poética de Aristóteles, capítulo séptimo. *(Abre el libro y lo pone ante Gottfried, que lo lee en silencio. Pausa. El Comandante espera unas palabras de Gottfried. Pero este no acierta a decir nada.)* Lo que Aristóteles viene a decir es que una obra de arte es tanto más bella cuanto más compleja, siempre y cuando esa complejidad esté bajo control. *(Coge la cuerda de la peonza.)* Un nudo es más interesante que una simple cuerda, pero si el nudo es demasiado complejo... *(Hace el nudo más y más complicado.)* Si el nudo es muy complicado, el ojo lo percibe como caótico y se desinteresa de él. Una melodía... *(Tatara varias melodías, cada vez más complejas.)* Una melodía es más interesante que un ruido monótono, pero si la melodía es demasiado compleja, el oído la percibe como ruido y se cierra a ella. ¿Me sigue?

GOTTFRIED Esta noche me pareció oír un tren.

COMANDANTE ¿Un tren? No tengo noticia de que haya llegado ningún tren. ¿No sería en sueños?

GOTTFRIED Varios lo escuchamos desde el barracón. No sé a qué hora, pero creo que estaba amaneciendo. No pudimos abrir las ventanas para ver. Las ventanas y las puertas del barracón están cerradas por fuera. Pensamos que un tren había llegado y que vendría nueva gente al campo. Pero no ha sido así. No ha llegado nadie.

COMANDANTE Si hubiese llegado un tren, yo tendría que saberlo. Preguntaré. ¿Donde estábamos? La composición. Una misma historia puede ser contada de infinitas formas: hacia delante o hacia atrás, según este punto de vista o según...

GOTTFRIED La gente se pregunta por los zapatos.

COMANDANTE Les hemos dado ropa nueva. ¿No les gusta?

GOTTFRIED La gente se pregunta por los cordones de los zapatos. ¿Por qué los zapatos no tienen cordones?

COMANDANTE Los zapatos no tienen cordones. ¿De verdad quiere que hablemos de ello? ¿O es un ejemplo de lo que llaman el humor judío? Estamos trabajando, Gottfried, ¿necesita un descanso? ¿No? Pues entonces céntrese en lo que estamos haciendo. Consideremos en principio una composición clásica. Primer acto: la ciudad; segundo acto: el bosque; tercer acto: la estación.

3

*En el plano hay clavados alfileres de colores. El Comandante tiene ante sí un montón de expedientes; Gottfried, otro. El Comandante lee la primera página de un cuaderno que llamaremos «libreto».*

COMANDANTE «Vendedor de globos». *(Gottfried entrega un expediente al Comandante, quien, tras mirarlo, clava un alfiler en el plano.)* «Niños de la peonza». *(Gottfried le entrega dos expedientes. El Comandante los mira. Clava dos alfileres en el plano.)* «Niño con muñeco». *(Gottfried le entrega un expediente. El Comandante lo mira. Silencio.)* ¿Por qué una niña? Yo había pensado en un niño.

GOTTFRIED Por su voz. Le va a gustar su voz. *(Pausa. El Comandante clava un alfiler en el plano.)*

COMANDANTE «Pareja del banco». *(Gottfried le entrega dos expedientes. El Comandante los mira. Silencio. Devuelve uno a Gottfried.)* Demasiado guapa. *(Pausa. Gottfried da otro expediente al Comandante. Este lo mira y clava dos alfileres en el plano.)* Bien, Gottfried, ha hecho usted un buen trabajo. Aunque me preocupa la escena de la plaza. Me pregunto si no deberíamos reducirla.

GOTTFRIED ¿Menos gente? ¿Y si sale un buen día? Si luce el sol, toda la ciudad debería estar allí.

COMANDANTE Sí, pero con tanta gente no será fácil conseguir... En esa escena tiene que percibirse, ¿cómo decirlo?, el espíritu de la comunidad. Habrá que coordinar las actitudes, los gestos, las miradas... Por otro lado, también algunos de mis hombres estarán allí. ¿Lograremos que desaparezca la mutua desconfianza? Nos costará, a su gente y a la mía, también esto es nuevo para nosotros. Lo es para mí. Al fin y al cabo, soy un militar. Un soldado. ¿Me escucha, Gottfried? ¿Qué está mirando?

GOTTFRIED El humo.

4

*El Comandante intenta tirar la peonza, pero no sabe. Fracasa dos, tres veces. Gottfried lo observa con el libreto en la mano.*

COMANDANTE No se da cuenta de que el otro está a su espalda hasta que oye su voz. «Tienes que apretar más fuerte la cuerda». Entonces, guarda la peonza. *(Lo hace.)* Todos sus sentidos se concentran en defender la peonza. *(Da la peonza a Gottfried. Este hace como que no sabe tirarla. Dos, tres veces. A su espalda:)* Tienes que apretar más fuerte la cuerda. *(Gottfried guarda la peonza.)* Cuanto más prieta, mejor. Luego tira de la cuerda de un golpe. *(No hay réplica.)* Lo más difícil es dar el tirón. Yo te enseño. Déjame.

GOTTFRIED Métete en tus cosas.

COMANDANTE Es muy bonita. Negra con la cabeza roja, me ha parecido. ¿Me la dejas ver?

GOTTFRIED Quítame las manos de encima.

5

COMANDANTE ¡Basta! Que desaparezcan de mi vista. Díales que vuelvan al barracón. Todos. Usted también. *(Silencio.)* ¿No me ha oído? Usted también, Gottfried.

GOTTFRIED Podemos hacerlo mejor.

COMANDANTE Voy a enviar un telegrama a Berlín. «Misión imposible. Stop. Esperamos nueva orden».

GOTTFRIED Podemos conseguirlo. Solo necesitamos tiempo.

COMANDANTE Estoy decepcionado, Gottfried. Muy decepcionado. Su gente no asimila lo que se le dice. Una de dos: o yo no hablo claro o el traductor no hace bien su trabajo. ¿Es que yo no hablo claro? ¿Cuánto tiempo llevamos estancados? El almuerzo ha salido horrible. Esas mujeres agarraban la cuchara como una rata muerta. ¿Y qué me dice de la escena de la peonza? La he probado ¿con cuántos chicos distintos? ¿Y su monólogo? El monólogo del reloj, Gottfried, ¡el monólogo del reloj! (*Silencio.*) La pelirroja sigue sin saber lo que está haciendo. ¿Qué es, una chica enfadada con su novio, una solitaria en busca de conversación o una puta discutiendo con su chulo? ¿Cuál es su objetivo en la escena?

GOTTFRIED Pensé que lo haría bien. Acabará haciéndolo bien. Trabajó dos años en un teatro en Varsovia.

COMANDANTE ¿Una actriz profesional? ¿Cómo no me lo había dicho? Debería habérmelo dicho, Gottfried. (*Silencio.*) El gordito es pésimo. No sabe vocalizar. Al otro se le entiende mejor, pero no hay convicción en sus palabras.

GOTTFRIED Los chicos no hablan así.

COMANDANTE «Los chicos no hablan así». ¿Qué quiere decir?

GOTTFRIED Hay ciertas expresiones que... «Caminabas como quien tiene algo que esconder». Un chaval no habla así. La gente no habla así. La gente no dice: «Me esfuerzo pensando en nosotros. En ti, en mí, en todo lo que hemos soñado». En la vida no se habla así.

*Silencio.*

COMANDANTE Usted siempre los defiende. Tiene una excusa para cada uno. Pero no es su abogado, Gottfried. Es mi traductor. (*Silencio.*) Claro que en la vida no se habla así. Claro que no. (*Pausa.*) Ese es su problema, Gottfried, ahí está el origen de su confusión. Por eso no consigue hacerse con su monólogo. Busca la vida en las palabras, pero la vida no está en las palabras, sino en los gestos con que las decimos. Veamos ese monólogo, Gottfried. Tiene que buscar una conexión entre la palabra y el gesto. Obsérveme. (*Va a interpretar. Se interrumpe.*) Ah, se me olvidaba: el vendedor de globos. Definitivamente, no sirve. Se va a la izquierda cuando se tiene que ir a la derecha. Ese hombre no sabe distinguir entre la derecha y la izquierda.

GOTTFRIED Ese hombre no duerme. Ese hombre se levanta cada rato, en la noche, para asegurarse de que el barracón sigue cerrado. Se levanta, comprueba que está cerrado y se vuelve a tumbar. Pero en seguida se levanta otra vez. No duerme.

COMANDANTE ¿Se levanta a comprobar que el barracón está cerrado? ¿No es cómico? (*Ríe.*) Es realmente un pueblo con sentido del humor. (*Ríe.*) Busque otro vendedor de globos, Gottfried. Uno que al menos sepa distinguir la derecha de la izquierda.

GOTTFRIED Tadeusz lo conseguirá. Es un hombre inteligente. Enseñaba Historia en la universidad.

COMANDANTE El vendedor de globos enseñaba Historia. ¿Qué Historia podía enseñar, si no distingue la derecha de la izquierda? En la enfermería le darán algo para que pueda dormir. Bueno, vamos con el monólogo. Es su gran momento, Gottfried, no puede desaprovecharlo de ese modo. Se ve que no sabe dónde meterse las manos. Si necesita un objeto, empléelo. Un libro, un palo... ¡Un bastón! Un bastón, eso es: necesita un bastón para caminar. Además, así tamará otros detalles. Si eres manco y tienes ojos azules, nadie se fija en tus ojos. (*Hace como que tiene un bastón. Enseña a Gottfried a cojear.*) Pero lo más importante es que encuentre un vínculo entre la palabra y el gesto. No me diga que en la vida no habla así. Ya lo sé, Gottfried, ya lo sé. Pero también sé que puede encontrar en su vida gestos para estas palabras. He estado leyendo su expediente. Tiene una mujer, una hija, una vida. Tiene una vida anterior, Gottfried, utilícela. Busque en su vida. Atienda: «Fue construido hacia el año mil quinientos dos por el maestro Peter Henlein, de Núremberg, el famoso fabricante de juguetes automáticos». No está pasando un examen oral en el colegio, está hablando del reloj de su ciudad. Está orgulloso de este reloj, muy orgulloso. Fíjese en mi mirada. «Fue construido hacia el año mil quinientos dos por el maestro Peter Henlein, de Núremberg...». ¿Recuerda cómo describe Antonio el manto desgarrado de César? *Julio César*, acto tercero, escena segunda. Le dije que lo leyese, ¿lo ha leído? «If you have tears, prepare to shed them now. / You all do know this mantle: I remember / the first time ever Caesar put it on...».

GOTTFRIED Sigo oyendo trenes. Todos los oímos. No dormimos esperando el ruido del tren. Nos pasamos las noches con los ojos abiertos, a la espera del tren.

COMANDANTE Están cansados, ¿es eso lo que quiere decirme? Que lo hacen mal porque tienen sueño.

GOTTFRIED Hoy muchos no querían salir del barracón.

COMANDANTE ¿Cómo que no querían salir del barracón?

GOTTFRIED No entienden nada. No saben qué estamos haciendo aquí.

COMANDANTE ¿Qué están haciendo aquí? ¿Cuántas veces voy a tener que explicárselo, Gottfried? Esto es una experiencia modelo. Se les ha concedido un estatus especial. Berlín los ha elegido.

GOTTFRIED No le ven el sentido a todo esto.

COMANDANTE No le ven el sentido. Así que necesitan un sentido. ¿No será culpa suya, Gottfried, que no le vean el sentido? Usted es el traductor. Usted sabrá qué les dice y cómo se lo dice.

GOTTFRIED Ya no sé qué decirles.

COMANDANTE No puedo ayudarle. Su gente es un enigma para mí. Usted conoce la psicología de su pueblo. Por eso está aquí. La gente le escucha, confían en lo que dice, por eso nos fijamos en usted. Escúcheme, Gottfried, y procure entenderme. Hace unas semanas, mientras usted y su gente viajaban hacia aquí, yo recibí un telegrama. Un mensaje de Berlín. Justo a tiempo, minutos antes de que su tren llegase a la estación. Créame si le digo que, de no haber llegado a tiempo ese mensaje, usted

y yo no estaríamos hablando en estos momentos. ¿Comprende lo que le estoy diciendo?

*Silencio.*

GOTTFRIED Pero la gente necesita saber qué puede esperar.

COMANDANTE ¿Qué pueden esperar? ¿Quiéren saber qué pueden esperar? Todos queremos saber qué podemos esperar. Pero la vida es incertidumbre. ¿Quién, hoy en día, puede dormir tranquilo? A ellos el tren no les deja dormir. Pero al menos tienen una certeza: ellos no viajan en ese tren.

GOTTFRIED La gente se pregunta qué pasará si lo hacen bien.

COMANDANTE Concéntrese en este pensamiento, Gottfried: «Yo no viajo en ese tren. Mientras esté aquí, yo no viajo en ese tren». Concéntrese en ello, vuelva al barracón y diga a su gente lo que su gente necesita oír. Usted es el traductor. Usted tiene que elegir las palabras. No puedo ayudarle en eso. ¿Qué sé yo del corazón de su pueblo? ¿Necesitan un sentido? Déles un sentido. Vaya y hábleles. Pero, al elegir sus palabras, recuerde: «Mientras estemos aquí, no estamos en ese tren».

6

COMANDANTE Hay algo que no funciona. No sé qué es, pero no funciona.

GOTTFRIED Es como sí...

COMANDANTE Vamos, Gershom, adelante.

GOTTFRIED Es como que la escena se estanca. Y la chica cambia de actitud de pronto, pero no se sabe por qué.

*Silencio.*

COMANDANTE Tienes razón. Muy bien, Gershom, muy bien. Vamos a introducir algunos cambios.

*Abre el libreto. Medita, tacha y escribe en silencio. Entrega el libreto a Gottfried. Este lo lee en silencio. Pausa.*

GOTTFRIED ¿Cuál es la diferencia entre «pausa» y «silencio»?

COMANDANTE Es una cuestión de ritmo. Cuando dice «silencio», cuenta mentalmente hasta tres. Cuando dice «pausa», cuenta hasta cinco. (*Pausa. Gottfried cuenta en silencio, primero hasta tres, luego hasta cinco. El Comandante sirve dos tazas de café. Beben.*) Otra cosa: quiero que la niña cante. Puede ser un gran final del paseo por el bosque, antes de entrar en la estación. ¿Crees que podrás hacerla cantar?

GOTTFRIED Creo que sí.

COMANDANTE Y si no, bueno, tenéis muchos niños. Sé que te preocupan, Gershom. También a mí me preocupan. Los niños. He sido informado de que, por la tarde, reúnes a los niños en la escuela.

GOTTFRIED En el tiempo libre, cuando ya hemos acabado.

COMANDANTE Ya, ya sé que lo hacéis en vuestro tiempo libre. No es eso lo que me preocupa. Reunís a los niños en la escuela. Ellos se sientan en los pupitres y anotan lo que escribís en la pizarra.

GOTTFRIED Les enseñamos.

COMANDANTE ¿Les enseñáis qué?

GOTTFRIED Matemáticas, Lengua, Historia... Hay maestros entre nosotros.

COMANDANTE Matemáticas. Lengua. ¡Historia! (*Silencio.*) Es muy irregular. No es para eso para lo que Berlín os ha elegido. (*Silencio.*) Podéis seguir reuniéndolos en la escuela para enseñarles. Es irregular, pero podéis hacerlo. Siempre y cuando eso no os haga olvidar qué estáis haciendo aquí. Historia o lo que queráis. Tómatelo como un gesto de confianza, Gershom. De gratitud, ¿por qué no? Todo está yendo mucho mejor últimamente, y yo veo tu mano detrás de ello. Sé que por fin has encontrado las palabras con que hablarles. (*Silencio.*) Así que estamos en condiciones de iniciar la fase más importante de nuestro proyecto. A partir de mañana, algunos de mis hombres pasearán por el campo de paisano. Se comportarán como si estuviesen de visita entre nosotros. Tu gente ha de acostumbrarse a esos visitantes, que podrán abrir cualquier puerta y hacer cualquier pregunta. Cualquier pregunta, Gershom, y cualquier puerta.

7

COMANDANTE Bien, bien, bien. Mucho mejor, Gershom, mucho mejor. La chica del banco ha encontrado su tono. Y creo que por fin hemos acertado con los niños de la peonza, por fin hemos encontrado un dúo que funciona. También tu monólogo ha crecido mucho: «Fue construido hacia el año mil quinientos dos por el maestro Peter Henlein, de Núremberg...». Bien, muy bien. Solo me sigue preocupando la escena de la plaza.

GOTTFRIED ¿La escena de la plaza? La gente se está esforzando.



COMANDANTE Ya sé que se están esforzando. No tengo nada que reprocharles. Por el contrario, creo que están haciendo todo lo que pueden. No es un problema de esfuerzo. Ni de comprensión: saben muy bien lo que tienen que hacer. Y, sin embargo, no conseguimos darle forma. He estado pensando. ¿Por qué esa escena no acaba de cuajar, aunque la hayamos repetido tantas veces?

*Silencio.*

GOTTFRIED Creo que lo harían mejor si supiesen quién es él. El hombre que va a venir.

*Silencio.*

COMANDANTE Ese no es el problema. El problema es otro. Resulta imposible poner de acuerdo tantos planos: los niños del columpio, los viejos saliendo de la sinagoga, el vendedor de globos... ¿Recuerdas lo que hablábamos de Aristóteles? Si un nudo es demasiado complejo, el ojo se desinteresa de él. Si una melodía es demasiado complicada, el oído la desecha como ruido. Por eso sale tan mal esta escena.

GOTTFRIED Yo no creo que salga mal, yo...

COMANDANTE Hay demasiada gente.

GOTTFRIED Pero no es culpa de ellos si...

COMANDANTE Ya sé que no es culpa de ellos. ¿Quién ha hablado de culpa?

GOTTFRIED Pero...

COMANDANTE Demasiada gente. Te lo dije desde el principio.

*Silencio.*

GOTTFRIED ¿Cuántos?

COMANDANTE He echado mis cuentas. La escena funcionaría espléndidamente con cien. Cien es el número óptimo.

GOTTFRIED ¿Y los demás? Los que no estén en escena.

COMANDANTE ¿Los excedentes? Bueno, Gershom, estarás de acuerdo en que no hay lugar para ellos en nuestro proyecto. No podemos dejarlos por ahí, como fantasmas. Y no querrás que los disfracemos de soldados alemanes. Lo mejor será trasladarlos a la enfermería. Sí, definitivamente, será la mejor solución para ellos: la enfermería. *(Pone ante Gottfried un grupo de expedientes: los de la escena de la plaza.)* Cien. Cuida las proporciones, tiene que haber de todo: hombres y mujeres, niños y viejos... Y, por favor, que sonrían un poco. A tu gente le cuesta tanto sonreír...

*Elige un libro de su biblioteca. Gottfried está ante el grupo de expedientes. Silencio. Tras haberla leído, el Comandante pasa una página del libro.*

8

*Gottfried mira los expedientes. No se decide a separar ninguno.  
El Comandante lee.*

9

*El Comandante cierra el libro.*

COMANDANTE Prefieres que lo haga yo, ¿es eso? Que elija yo los cien mejores.

*Va a coger el grupo de expedientes. Gottfried lo detiene.*

GOTTFRIED ¿Y si nos negamos a hacerlo?

COMANDANTE ¿Qué?

GOTTFRIED ¿Y si nos negamos a salir de los barracones? Él llega, pero no hay nadie, las calles están vacías. O él llega y la gente no se comporta como usted quiere. Damos la espalda a ese hombre, o le tiramos piedras. O le decimos la verdad. ¿Y si no hacemos lo que usted desea? ¿Y si no cumplimos sus deseos?

*Silencio.*

COMANDANTE ¿Mis deseos? ¿Crees que yo tengo deseos, Gershom? Berlín me ha elegido. Igual que a ti. Berlín nos ha elegido. (*Silencio.*) Desde luego, cabe la posibilidad de que no salgáis de los barracones. Supongamos que llega el visitante y no salís. O salís y hacéis cualquier extravagancia, os ponéis a llorar o le contáis no sé qué, supongamos que le contáis no sé qué cosa. Quizá algo así tendría cierto valor

simbólico. Si es que ese hombre, el visitante, puede entender ese símbolo, si es que él puede comprenderlo. Sería un gesto, sí. En medio de tantos gestos, uno más. Pero, ¿sería comprendido? ¿Y si ese hombre no comprendiese vuestro gesto?

*Silencio. Gottfried empieza a apartar expedientes del grupo.*

10

*El Comandante comprueba que quedan cien expedientes.*

COMANDANTE ¿Dónde estás tú? Te habíamos olvidado, Gershom. *(Va a añadir el expediente de Gottfried. Vacila.)* Pero, si te añado a ti, sobra uno. *(Aparta un expediente del grupo.)* Ahora sí. *(Añade al grupo el expediente de Gottfried.)* «Gerhard Gottfried». *(Quita alfileres del plano, en la plaza, hasta dejar cien.)* Al fin estáis preparados. Solo falto yo. Obsérvame y dime. Dime si los gestos acompañan a las palabras. *(Actúa como si recibiese a un visitante.)*

Permítame, su acento... Por un momento pensé que usted era... Pero no, ¿cómo he podido equivocarme? ¿Un café? Su acento es inconfundible, me trae recuerdos muy hermosos. Me gusta mucho su país. Estuve allí de vacaciones. Antes de la guerra. Dígame algo en su idioma, por favor. Una palabra: «Paz».

11

*El Comandante, con la peonza.*

COMANDANTE ¿Habías oído hablar de la melancolía del actor? Ahora sabes de qué se trata. Cae el telón y, de pronto, todo ese mundo de palabras y de gestos, todo ese mundo se desvanece. Cae el telón y al actor no le queda nada. *(Silencio.)* Un actor está clavando un clavo. De pronto, cae el telón. Entonces se da cuenta. Entonces comprende, de golpe, algo terrible: comprende que, cuando un actor está clavando un clavo, está clavando un clavo y, al mismo tiempo, no está haciendo nada. *(Silencio.)* Cae el telón y el actor se encuentra con un martillo en la mano. No sabe qué hacer con ese martillo. *(Silencio.)* Cae el telón y el actor vuelve a la vida. Y no siempre la vida es agradable. Tú lo sabes tan bien como yo, no siempre la vida es dulce. No vivimos en

el paraíso, Gerhard. Quizá algún día. Pero todavía no. *(Silencio.)* Cae el telón y la vida tiene que continuar. La vida tiene que continuar. *(Silencio.)* «Somos de la misma materia de que están hechos los sueños, y nuestra pequeña vida se encierra en un sueño». *La tempestad*, acto cuarto, escena primera. De pronto, se rompe el hechizo. Se rompe el hechizo y todo vuelve a la vida, que es peor. *(Silencio.)* ¿Te imaginas que pudiéramos seguir actuando eternamente? ¿No ha sido fantástico? Ha habido momentos formidables. Precioso monólogo: «Más de cuatrocientos años después de haber sido construida, esta máquina seguía marcando la hora exacta con solo medio minuto de diferencia». Ha sido casi perfecto. Lástima la niña del muñeco. *(Silencio.)* Ha estado a punto de echarlo todo a perder. Tantos niños y tuviste que elegir a la más imbécil. ¿Qué habías visto en ella? Y el caso es que lo estaba haciendo bien. Realmente tiene una bonita voz. Y la canción es realmente bonita. ¿La elegiste tú? *(Canturrea la canción de la Niña. Silencio.)* No he entendido eso de los barcos, Gerhard. ¿Crees que él te ha entendido? *(Silencio.)* No era un hombre de cultura. Cuando he citado a Spinoza, he tenido la impresión de que nunca había oído ese nombre. Tocaba mis libros como si fuesen ladrillos. *(Silencio.)* «Somos un barco que quiere entrar a puerto, pero las minas se lo impiden... El capitán aguarda una señal verdadera... Mientras tanto, tiene que conservar la paciencia». No, no lo has dicho así. ¿Qué querías decir? Hay veces que no te entiendo, Gerhard. ¿Era eso que llaman el humor judío? Pensaba que llegaría a entenderte, pero no ha sido así. Tanto tiempo trabajando juntos y seguimos siendo un enigma el uno para el otro. *(Silencio. Canturrea la canción. Silencio.)* Por un momento, pensé que intentaríais algo. Que os pondríais a gritar o algo así. ¿Me creerás si te digo que, por un momento, deseé que lo hicieseis? Yo mismo tuve ganas de gritar. En el «Himmelweg». De pronto, me sentí abrumado. Me resultaba agobiante reconocer cada palabra y cada gesto. Escuchar cada palabra antes de que saliese de la boca. Y cada gesto, podía anticipar el más pequeño de vuestros gestos. Quise gritar. Y, cuando empezaste con lo de los barcos, pensé: «Por fin. Por fin Gershom va a hacerlo». Fue solo un momento, Gerhard, pero durante ese momento deseé que lo hicieras. *(Silencio.)* «Somos un barco al que las minas no dejan entrar a puerto. El capitán conserva la paciencia, mientras aguarda una señal verdadera». No, no lo has dicho así. *(Silencio.)* El barco, ¿qué representa? ¿Qué significa el puerto? ¿Quién demonios es el capitán? ¿Tú?, ¿yo?, ¿él? No creo que él lo haya entendido tampoco. Su cara era de enorme extrañeza. Veremos si lo menciona, todo eso de los barcos. *(Silencio. Canturrea la canción. Silencio.)* Tantos niños y tuviste que elegir a la más tonta. De pronto, en lugar de decir «Sé amable, Walter, saluda a este señor», tiró el muñeco al agua y dijo: «Escapa, Rebeca, que viene el alemán». *(Silencio.)* Una pena. En un momento tan hermoso, cuando estábamos saliendo del bosque. Solo eso ha faltado para que todo fuese perfecto. Espero que no lo mencione en su informe. *(Canturrea la canción. Silencio.)* Le llaman la melancolía del actor. Cae el telón y la vida tiene que continuar. La vida tiene que continuar, pero, ¿cómo? Cae el telón y tienes un martillo en las manos. Tienes las manos. Los pies, el cuerpo. Pero, ¿qué haces con todo eso después de que caiga el telón? Los actores saben todo lo que hay que saber sobre la vida, Gerhard. Detrás de las palabras y de los gestos, no hay nada, esa es la única verdad. Cuando un hombre está clavando un clavo, está clavando un clavo y, al mismo tiempo, no está haciendo nada.

V. UNA CANCIÓN PARA ACABAR

*Con un bastón, Gottfried ensaya el caminar de un cojo.*

*Se dirige al Chico 1 y al Chico 2. El Chico 1 tiene una peonza negra con la cabeza roja.*

GOTTFRIED (*Al Chico 2.*) Te sigues precipitando. No escuchas a Klaus: «La compartiremos. Un día para mí, otro para ti». Escúchale y reacciona con un gesto antes de hablar. Por ejemplo, pon cara de desprecio. Entonces sí, entonces dices el texto: «Cómete tu peonza. No quiero tu peonza». Al principio, no te acerques tanto a él. Te vas aproximando poco a poco, de modo que él se sienta amenazado. Vamos a probarlo así. (*Coloca al Chico 1 como si este jugase a la peonza. Gottfried actúa lo que dice.*) Te acercas por la derecha hasta aquí y dices: «Tienes que apretar más fuerte la cuerda». Klaus esconde la peonza, tú das un paso y dices: «Cuanto más prieta...». Otro paso y dices: «Lo más difícil es dar el tirón, bla-bla-bla». No te precipites. Escucha lo que Klaus te dice, haz un gesto y tómate tu tiempo antes de responder. (*Silencio. Habla al Chico 1.*) Se te sigue viendo incómodo. Se te ve muy incómodo. El comandante piensa que no vas a poder superarlo. Yo le he contado lo que le pasó a tu hermana y le he pedido que te deje intentarlo una última vez. Le he prometido que esta vez vas a conseguirlo. Estoy seguro de que vas a conseguirlo, Klaus. Prueba a no mirar a Franz a los ojos. «Tiene la piel muy blanca. Tiene arañazos en los pies, porque le gusta andar descalza cuando está sola...». No le mires a los ojos. «Tiene los brazos largos. Tiene las manos pequeñas. Tiene los pezones negros, a mí me parecen negros, porque tiene la piel muy blanca...». (*Pausa. Se dirige al Hombre y a la Mujer pelirroja.*) Hay un cambio. Poca cosa. Cuando tú le dices «Te estuve esperando más de una hora» y tú le contestas «Ni que me hubiera ido a beber...». Ya sabéis cuándo. Ahora tenéis que decir: (*Saca el libreto. Lee.*) «Te estuve esperando. Ya estoy harta de esperarte. No quiero perder la vida en una espera eterna». Entonces tú cuentas hasta tres y dices: «Ni que me hubiera ido con otra mujer. Mi único pecado es pensar en el día de mañana». El resto sigue todo igual. (*Silencio.*) Ya, ya sé que no habláis así normalmente, en la vida. Olvidaos de cómo habláis en la vida. (*Silencio.*) Sé que podéis hacerlo. Tampoco será la primera vez. En el trabajo, en la familia, ¿quién no ha tenido que fingir alguna vez? Recuerdo a mi primer jefe, el señor Baumann, me hacía la vida imposible. Pero yo simulaba apreciarlo. Le preguntaba por su salud, «¿Cómo va esa pierna, señor Baumann?», y le sonreía. ¿Quién no ha tenido que actuar alguna vez? Durante años, cada tarde, al volver a casa y encontrarme con mi familia, fingía que todo iba estupendamente por muy malo que hubiese sido el día. Todo el mundo ha actuado alguna vez, no hay por qué avergonzarse. (*Silencio.*)

Concentraos en lo que estáis haciendo. Sé que es difícil, por causa de los trenes. Procurad no oírlos. Concentraos en las palabras y en los gestos. (*Interpreta.*) «Fue construido hacia el año mil quinientos dos por el maestro Peter Henlein, de Núremberg...» Concentraos en las palabras y en los gestos y no oiréis los trenes. (*Les deja el libreto. El Hombre intenta memorizar sus nuevas frases. Gottfried se dirige a la Niña. Ella está sentada en el suelo, con la cabeza entre las manos y las piernas. A sus pies, tirado, el muñeco. Gottfried acaricia la cabeza de la niña.*) Tenemos que seguir esperando un poco más. Tenemos que seguir esperando hasta que ese hombre aparezca. Cuando ese hombre aparezca, coges a Walter y dices: (*Toma el muñeco.*) «Sé amable, Walter, saluda a este señor». No sabemos cómo es, ni cuándo va a venir, nadie lo sabe, así que tenemos que estar preparados en cualquier momento. «Sé amable, Walter, saluda a este señor». Si lo haces bien, volveremos a ver a mamá. Ella va a venir en uno de esos trenes. Si hacemos lo que ellos nos piden. No vamos a perder la paciencia, ¿verdad, Rebeca? Lo haremos tantas veces como sea necesario hasta que mamá vuelva, ¿verdad que lo vamos a hacer tantas veces como haga falta?

Si tú puedes, yo también podré. Y si yo no pudiese, si yo perdiese la paciencia, tú no la perderías. Tú vas a seguir hasta el final. Por mamá. Por mamá y por mí, si yo pierdo la paciencia. «Sé amable, Walter, saluda a este señor». Y luego, una canción. Quieren que cantes una canción. Bueno, no está mal, ¿no?, que nos manden cantar. ¿Te acuerdas de aquella que mamá te cantaba para dormir? Una canción para acabar.

*Canta a la Niña la canción. La Niña se pone en pie, coge el muñeco y le canta.*

